Los fachos de acá…

Apuntes filosóficos completados II

Autor: Vicente Jerm

El siguiente texto es una serie de apuntes tomados durante un taller de filosofía. Lo que está entre texto y texto fue completado por mí fuera del taller. Lo complejo es dilucidar dónde se encuentra ese entre texto o lo completado de ese entre texto.

Este trabajo sólo pretende contar un relato sin sentido o dilucidar por ese sentido.

La experiencia básica es siempre una categorización, un orden, una valoración. Una categoría es un estado de cosas que tienen su límite, casi un listado de cosas que guardan entre sí esa palabra que las engloba y le da forma a esa categoría. Por ese motivo, la categorización de algo deviene en un orden de algo. Una cosa tras otra, o una cosa debajo de otra genera un orden. Un espacio delimitado (categorización) en donde lo que se halla dentro tiene su lugar, su espacio. De ese lugar o de ese orden puede devenir en una valoración. Darle valor a esa cosa, tal vez, es ubicarla en un privilegio arbitrario, subjetivo; salvo que ese valor de esa cosa tenga la misma importancia o privilegio que esa otra cosa ubicada en ese espacio. Lo mismo enfrente de lo otro. Eso otro tiene un valor que lo distingue de esa otra experiencia pero conviven en horizontalidad. Todo se encuentra en una gran red de experiencias donde cada una vive en soledad y vinculada a alguna otra.

Esa experiencia fuera de lo simbólico que posee en sí, es un hecho que se acumula, se ordena y se clasifica. El orden de lo ordenado. Ahora, ¿puedo pensar una experiencia fuera de su significación? ¿Fuera de ese hecho que me eleva a un ser único e irrepetible? ¿Puedo pensar una experiencia fuera de este centro de hombre pleno y lleno de riqueza? Por qué no pensar la experiencia como un acontecimiento en sí. Todo camino está hecho de experiencias, todo paso es una experiencia en sí mismo, todo recorrido es la suma de acontecimientos, de experiencias, con la sola valoración: la de haber transitado.

¿Dónde encuentro un criterio de categorización de mis experiencias? ¿Cómo diagramo su clasificación? Puedo irme de ese centro y pensar en mi propia biblioteca. Ordenada y sin fisuras, mi biblioteca es espejo de mis categorías. Es espejo de mi sentido, es desnudez de mí. Tal vez, ese criterio es el comienzo de mi diagrama, de mi estar en el mundo. Tal vez la categorización es sólo un límite, mi límite, o mi llegada para poder seguir o ir o saber. Mi hasta donde por ahora.

Los fachos de acá usan categorías, las más antiguas categorías, esas que vienen de arriba, esas que vienen del torrente sanguíneo o en algún color de piel.

Yo sólo pensaba en mi criterio. Exacto, certero, ese sentido, su criterio, marcaba la frontera entre lo posible y lo que se encontraba fuera. Yo sólo creía en ese sentido, que valoraba por demás, que lo hacía caprichosamente único. Ese sentido, que llamaría instinto, me acercaba y alejaba de las certezas que sólo se demostrarían en el pasado. Ese pasado que condena el error hasta el castigo. Sólo se puede pensar a partir del no sé, con ese error dentro, incluido, con ese error siendo parte. El resto es artificio o la naturalización del artificio. Esa experiencia de otro vivida como propia. Hay una naturalización, o lo que creo que es natural, o lo que evolutivamente es parte de algo que deviene en eso que espero, que se transforma en artificio. La planta que crece y veo como crece día tras día se hace artificial cuando la defino, cuando mi vara es la que mide. Cuando la cultura o mi razón entran en el juego. Yo sabía que de ese artificio, sólo de ese artificio es imposible escapar. Ese es el único artificio que nos

lleva al orden, a la valoración, a la categorización. Ese es el único artificio que nombra el mundo, que lo hace pensable, que demuestra que ese árbol que nombro no podía ser otra cosa que un árbol. Ese nombrar es un orden. Toda cultura lo es. Yo sabía que esa cultura juzga cuando valoriza y segrega cuando categoriza. Esa cultura, ese orden, o lo que pertenece y lo que no pertenece, o eso que mantengo dentro y lo que queda fuera, es parte de las muertes ocurridas desde siempre. Esas muertes escondidas, injustas. Yo supe de esas muertes injustas y nunca imaginé que "ese fuera del orden" venga cargado de muerte. Yo siempre pensé que ese orden está entre las cosas y mí mismo. Que ese orden viene de una necesidad. Mía, propia, solitaria, esa necesidad nunca podría ser parte de muertes injustas. Que esa necesidad significa, sí o sí, ver distinto y morir. Que esas muertes injustas provienen de crisis de cambio, de crisis de paradigmas, de crisis de categorías, de experiencias.

Todo es lo mismo, la diferencia es de categorización.

No hay bueno ni malo, uno sabe que ese otro lado existe pero en el medio qué. Mi tío siempre se paraba a mirar en el portal del edificio. De alguno. De esos cientos en los cuales vivió. Mirar desde el portal era parte de su oficio. Era parte de su historia, de su afectación. Ese cambio que proviene de la afectación de las categorías no estaba allí con él. El tiempo había pasado ya en años y volví a verlo, y seguía en el portal de su nuevo edificio. A esta altura era solo un espectador, un solitario espectador. Él había perdido su mirada del mundo, o tan solo lo imaginé así, siempre parado en algún portal desconocido. Tal vez siempre estuvo parado en ese portal, mirando.

El orden se visualiza y se ve y se enuncia.

La visualidad a veces no alcanza. Lo vi, me vio y parecíamos dos extraños. Apelé al recuerdo y ahí volvimos a vernos. La visualidad no significa ver alguna cosa u otra. No ver no es cerrar los ojos. No ver es pensar que lo real es eso que veo, que me cuentan. Es pensar que el relato, ese que creo, es la verdad. La verdad y lo real, si existieran, serían insoportables, imposible de llevar. Tal vez, eso que veo, eso real, que confío que es propio, es solo un tejido de inconsistencias entre varios. Un tejido de acuerdos entre varios. Tal vez eso que veo, ese tejido que veo, arma un escape de la locura. ¿Dónde está el límite? ¿Por qué aceptar eso que no creo?

El cambio proviene en dosis de dentro y fuera. Eso que viene, eso externo que viene, me interroga, penetra y se mezcla con eso que estaba. Tal vez, nuevos órdenes concéntricos que se van acomodando. Tal vez, el orden lleva en sí su propio caos. Y vuelvo a empezar. Vuelvo al tejido, ese que nunca termina, ese que saca partes de mí e inserta otras ajenas. Ese que vuelve lo ajeno en propio. Las muertes ajenas en propias. Lo personal en político. Cada paso es político. Cada muerte también. Y esta muerte que me eyecta a la mía propia, o a pensar que esa otra muerte es la mía propia.

Y entonces vuelvo a ese muerto, que me interpela y cae en algún casillero donde mi tranquilidad prima por sobre la muerte misma. La insoportable muerte que me interpela. Que me hace ponerme ahí, en ese lugar, en ese otro. Muerto.

Salir del centro.

La angustia no es propia, no es privada. Ese muerto que da cuenta de mí, es la pregunta. Eso que viene de afuera y me golpea y me saca de eje, es la pregunta. Ese muerto es mi angustia, que no es privada, que teje lo real y vuelve a generar sentido. O lo afirma. No hay seguridad de los vivos por los muertos. Sí hay sentido por lo vivo. O miles de sentidos por lo vivo y hay un muerto y existen miles de explicaciones posibles por un muerto. Que es igual a decir: hay miles de explicaciones por lo vivo. Ese muerto te descubre, te saca el velo. No podés escapar a un muerto. No podés escapar a ese muerto. No podés seguir haciendo lo que siempre hiciste con ese muerto. Ese muerto te delata más aún.

Ese muerto revela esa lucha entre socios. Esos que están de un lado del río y del otro, pero nunca fueron al río, nunca han estado ahí. Parados, resistiendo. ¿Para dónde va un brazo o una pierna? ¿Cómo está el ojo? ¿La cabeza está entera? Lo particular demuele la visualidad. Demoler a martillazos. Pararse en esa particularidad inofensiva, que solo modifica esa parte y solo esa parte. ¿Qué ves cuando ves a ese muerto?

El saber es consecuente con el poder. Me saca de la diferencia, iguala y lo que me iguala como hombre me diferencia como loco. Necesito estar dentro, construir el tejido de lo real. No. Me muevo. El espacio cambia. Recategorizo y vuelvo a empezar. Otra vez ese muerto, que me eyecta a la periferia. Del centro al límite. Articulación entre lo propio y lo ajeno y tejo eso que me contiene. Tejo esa ilusión que llamó verdad, realidad.

El hombre es un desgarrón en el orden de las cosas. Sí, ¿una rotura o una falla? Un muerto pasa a ser un animal más muerto. No. Los fachos de acá necesitan ver un animal muerto. Uno más muerto. No. La diferencia que nos limita, está acá, en el desorden de las cosas. Esas diferencias específicas que no se pueden cambiar. Que nos mantienen en las márgenes de un mismo tejido y ¿un muerto no te cambia?

Verse como otro. Sólo verse como otro.

Ese lugar desconocido que es el otro. Otro movimiento, que es el otro. Otra nueva configuración del saber, que es el otro. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo pensar? El muerto sigue allí.

La cultura es lo que está adentro.

El pensamiento nos salva. Nos da tierra, base, territorio. Todo lo que veo tiene una correspondencia. Todo lo que veo tiene una gramática. Algo que va con otro algo y forma algo más grande y así encadeno esos “algos” que van generando un camino y no otro. Un camino que no perturba mi existencia, sólo la fortalece, la afirma. Una gramática del pensamiento, un logos posible. Esa gramática, que me da una seguridad, que me da unos parámetros de esa seguridad, me tranquiliza. Me devuelve datos, que me dan seguridad. Nada fuga, nada tiene posibilidad de fugar. Un cuerpo no fuga, un cuerpo muerto menos. Yo fugo con un cuerpo muerto.

Los fachos de acá no fugan, esperan.

Encontré el camino de la salvación, ya tengo la respuesta para esos muertos, para esos que molestan mi visión, que hieren mi estar, mi mundo. Ese cuerpo construyó una gramática, ese cuerpo muerto también. Tengo todo listo para explicar las cosas, mi territorio. Podríamos pensar que sujeto y simulacro son de la misma naturaleza. Podríamos pensar que ese sujeto soy yo y ese simulacro es esa parte de mí que camina, ve, come, experimenta. Ahora, ¿ese simulacro no me protege de eso real que es imposible ver, de experimentar? ¿Pensar en simulacro no me eyecta hacia la impunidad de ver? ¿No me eyecta a la cristalización? Por dónde explorar entonces. No hay salida. La locura está tan lejana como cristalizada por el simulacro. La locura es eso que nombro pero nunca me acerco. Lo real, lo que ignoro, la locura. Lo real es la locura. Lo que ignoro me hace libre o libre es todo lo que ignoro. La locura, aquello de lo que se habla pero no se experimenta. El riesgo no es poder entrar en el simulacro, el verdadero riesgo es no poder salir y entrar a mi voluntad. El simulacro es lo que está fuera. No hay opción. Somos simulacro. Mi ilusión de voluntad es mi simulacro. Tal vez mi verdadera voluntad está tan cerca de lo que ignoro que se transforma en locura.

El verbo me ayuda a unir. Sin verbo no hay enlace, o al revés. Sin verbo no hay lenguaje, punto. El verbo expresa un juicio. Expresa un lugar y no otro. Un juicio es un lugar y no otro. Expresa una diferencia entre una cosa y otra y concibe y juzga. Le da un valor. ¿Cuál es valor que le diste a ese muerto? ¿Pensaste que uno se muere por no saber nadar? Un verbo: nadar. Un valor: saber hacerlo. Una consecuencia: morir o no.

Mi pensamiento hizo su gramática. Reemplazo del ser por la función. Nadar. El verbo indica. Sólo queda el verbo, ser o nadar. El infinitivo designa todo lo que digo sobre ese infinitivo, nadar. Todo a salvo, las preguntas ya están cerradas. El muerto ya no es simbólico, ya es un muerto que deja que mi simulacro siga sin fugar. Que siga pensando que nos hace falta. Peras, mandarinas, tomates, ¿qué más nos hace falta? Lista infinita de faltas. Resisto. Mi cuerpo emerge. Mi cuerpo autor emerge. Autor como propio, como singularidad. Como plaza que ocupa en el sistema. Nada más que

eso, un lugar en una multiplicidad de lugares. Lo impersonal es múltiple. Eso propio se vincula mal con lo múltiple pero es parte, siempre parte. La atmósfera es contradictoria. Lo propio no es múltiple. La línea de errancia, de desvíos, de caminos en fuga, aparecen, las veo, las pierdo, los pierdo. Las cosas devienen, fluyen. Todo fluye. Se desvanece, eso que creí ser, nunca se detiene, necesito ese simulacro, necesito saber que esa muerte no tiene que ver conmigo. Que no me lastima, que no da cuenta de mí. Las proporciones son instantáneas. Nunca se detienen, no se cristalizan. Las proporciones son como los sentidos. No son como las palabras, que nombran, que congelan. Las palabras se presentan en una meseta que no presenta ni representa. Las palabras ya son, lo que existe y no tiene nombre, se presenta y forma parte de esa meseta. De ese territorio donde lo nombrado no vuelve a presentarse, no representa. O sea que, lo que nombro existe y es sólo una parte. Lo que existe y no nombro es el verdadero presente. Ahora, lo que nombro me toca, me conmueve, me desvía del camino, recorre mi experiencia y se vuelve presente, aunque éste no sea en verdad real. Aunque vuelva al simulacro. Aunque en algún punto tenga que hacer de la realidad una cosa. Tenga que volverla cosa. Para masticarla, atraparla, entenderla. Generar ese sistema de reconocimiento. Necesito entender que ese muerto soy yo.

Las cosas en contexto. Bien. Vuelvo a mi meseta, la cargo de mí y parto.

Otra vez parto.

No hay origen, lo indefinido es auténtico. Todo convive en simultáneo, sólo hay que esperar que aflore. Sólo hay que verlo subir a la superficie y ya. Eso que pensamos que nunca estaría a mi lado, vuelve y vuelve. Tal vez es el muerto, ese muerto. Con él sube todo lo otro. Dormido, esperando, eso otro sale como látigo. Las superficies chocan todo el tiempo. Todo choca. Todo fluye chocando. Los fachistas están cerca, chocando. Están con su voz en alta. Están en superficie, bien parados, en reacción. No existe más que el verbo. Facho no es un verbo, entonces, ¿existe? El verbo existe porque da cuenta de una acción. Lo otro está congelado. Ese pensamiento único, radical, fuera del mundo, dentro del simulacro libera de preguntas. Se las saltea. ¿Cuál es el sentido del ser? Pregunta metafísica. Los fachos de acá también se preguntan. ¿Por qué un pibe de acá a la vuelta se fue tan lejos a morir? Los fachos de acá reducen, señalan y matan. Los fachos de acá me miran y se miran, rezan y están a salvo. Los fachos de acá están ahora en la luz, se dejan ver, con sus cabezas en alto y su nariz oliendo a mierda, su mierda y siguen rezando y siguen a salvo. Los fachos de acá no entienden de muertos lejanos, no entienden de entes, de lo humano igual a lo animal igual a lo vivo.

Resistir es dudar. Filosofar es dudar. Pensar es otra cosa. Pensar es elevarse de lo que está. De lo que existe. Pensar reduce la experiencia. Aplana lo que trasciende, mi trascendencia, mi fuga.

Vuelvo a mi tío.

Silencioso, mirando. Parado siempre en los portales de esos edificios, mirando. La muerte le ha pasado varias veces cerca, nunca tan cerca como aquella, nunca tan lejana. Siempre fue un facho de acá. Silencioso, con el puñal listo para entrar del lado certero. Del lado que no daña. Esa última muerte, esa que se transformó en símbolo, en imagen, nunca la vio. Nunca tuvo tiempo para juzgarla, para ponerse otra vez del lado seguro. Del lado del facho de acá. El más peligroso, el silencioso, el que pega por atrás, el que te vende por nada, el que está seguro por su color de piel. El ser es lo más general, diría alguno de los alemanes. ¿Dónde se encuentra el facho de acá en el ser? Si él también lo era. El alemán lo era.

Resistir desde la experiencia, pero ¿cuál? ¿La que se acumula o la que ocurre? Una aplana a la otra. Lo nuevo no ocurre si hay aplanamiento. El aplanamiento es un devenir impersonal. Todo va ocurriendo casi sin mí y cuando salgo a respirar encuentro que ya todo ha cambiado, lo que se mantenía oculto, otra vez está ahí, a mi lado, sonriendo. El aplanamiento preserva la diferencia porque la acumula. Eso único que creo que soy, eso diferente que creo que soy, subsiste en el aplanamiento. Eso que me aplana, me diferencia. Todas las diferencias valen lo mismo, ya sé. Ahora en el llano no es todo lo mismo, aunque el pensamiento lo matematice. El facho de acá, esa mierda que vuelve y vuelve, no es lo mismo en la diferencia. ¿El aplanamiento será un lugar sin sobresaltos? ¿Un lugar que atrapa o un proceso? ¿Cuál proceso? Todo pasa por el aplanamiento, dijo el último de ellos. Todos aplanados sin espacio. Todos en busca de lo mismo, todo se aplana, se llena de objetos y se vacía de contenido, de proceso y lo único que existe como proceso es ese aplanamiento. Ese lugar sin distancia, sin preguntas. ¿Cuándo empezó todo esto? No hay origen, o se aplana hasta borrarlo. O solamente está aplanado, hay que separar lo que se junta para ver, para escuchar.

Los fachos de acá rezan y sonríen. Otros esperan en los umbrales de edificios. Otros vigilan desde adentro. Otros celebran el tiempo del adiós al origen, sin saber por qué. Tal vez, el origen es mirarse. El mito del origen es el contrato social. Es ir hacia ese lugar todos. ¿Quién podría desafiar un origen? El mito del origen es no tener uno. Es no poder verse, es no poder tomarlo y hacerlo propio. Los fachos de acá rezan y sonríen y te hablan de lugares vacíos. El nuevo origen es no tener uno.

Los fachos de acá rezan y sonríen.

La estructura es posterior en el tiempo. Siempre armo una cuando ya pasó, armo con lo que queda de lo que pasó. La estructura está enunciada para proyectar. Está claro. Las poéticas también. Marcan y profundizan y estatizan la huella hecha por los que ya pasaron. Las poéticas generan territorio en el pensamiento. Generan red. Las poéticas no generan acción. Ninguna acción.

Vuelvo a ese muerto.

Él es el último de muchos. Esos que se han vuelto símbolo, que han servido de estructura para sacudir eso oculto que sigue. Que se hace visible, fuerte, que no termina de morir y mata y se viste de dama rica. ¿Dónde quedó esa estructura? ¿Esa qué teníamos? Fuerte, indestructible. ¿Dónde está? La experiencia no fue suficiente. La experiencia de un orden es básica, es inevitable. Ese orden aplana, iguala. Recordar es aplanar y programar. Juntar y salir. La piel de otro es sólo eso, de otro. Esa piel está lejos de la mía. Voy a buscar el dolor y vuelve aplanado y en forma de anécdota. La estructura que formé con mi experiencia filtra lo visible, filtra esa experiencia, filtra la palabra. La aliviana. Filtra lo superfluo, que es lo que queda. La verdadera experiencia no se recupera, ¿entonces por qué luchamos? Tal vez sólo quedó la retórica. Eso que veo que en realidad es otra cosa que tengo que buscar detrás de lo que veo. En el tiempo del aplanamiento, imposible. Lo que veo, lo que reduzco y lo que transpongo, lo reproduzco. Eso es lo que creo. Ser contemporáneo es estar desfasado en su tiempo. ¿Desfasado para dónde? Olvidar es olvidar el futuro. No. En un momento tengo que vivir el presente. No. Me aplano. Ser contemporáneo es correrse de ese lugar. Es mirar, es fugar, es resistir. Es estar paralelo.

El discurso está muerto, dijo el último de ellos. Si no se ve, no hay nada. No existe. Si no se habla de nada es porque nunca callan. Todo en simultaneidad. Todo en el plano. Vienen a mí por la simultaneidad en foco, todo se ve, todo está bien. Las palabras se independizan de las cosas. Ya no las necesito. El pensamiento por imagen. Las palabras se reemplazan fácilmente. Las palabras no me sirven, son complejas. Me hacen dudar. Ahora, el último de los muertos se volvió rostro, imagen. Una sola imagen formada por muchos. La ilusión se instala y se desvanece muy pronto. No es lo mismo, esa imagen que representa una cantidad de palabras perdidas, a ser todos ese muerto, el último. Ser contemporáneo es recuperar el discurso. Es resistir desde el discurso. Es provocar eso que existe. Es callar. Es ser parte de ese muerto.

¿Quién mira entonces?

Cuando hablo miento, juzgo y vuelvo a mentir. Los valores se reemplazan por otros valores. Ellos lo saben, somos muy débiles para soportar solos. Los fachos de acá se juntan de una manera muy fácil. Los fachos de acá siempre flotan. Se aplanan y flotan.

Nunca hemos salido del siglo XIX. Pensamientos duales, cada vez más duales. El gris murió. El lenguaje es según que gramática, sí. El lenguaje cambia de color pero no de forma. La gramática trae nuevas combinatorias para viejas ideas, esas que no mueren y flotan y vacían de sentido. Desbastan el sentido, lo pulverizan. Soy fuerte con el caudillo, muero con el estanciero. Amo y esclavo. Dispositivo de enunciación de poder. Los fachos de acá aman al estanciero. Ese que me protege y sabe de mí. Los

fachos de acá odian al caudillo, pero en el fondo son lo mismo. Ellos no lo saben pero ambos te dejan cuando se corren del lugar. Sí. Me abro, miro. ¿De qué lado del río estoy? Es lo mismo. Siempre voy atrás de. Estoy solo. Sí. Él murió solo.

Resistir solo.

Necesitamos un cambio de sensibilidad o ya la hemos adquirido, o nuestro espíritu conservador o esa parte conservadora que nos ata a nuestra seguridad se pone de guardia con ese cambio. Estamos en lucha o resistiendo. Tal vez es lo mismo. Tal vez la resistencia no sea conservadora. Tal vez la resistencia sea sólo no perder ese lugar de duda.

Solo dudar.

¿Cómo cambia nuestra sensibilidad? Vuelvo. ¿Qué nos emociona en este presente? ¿Un logaritmo? Esta nueva sensibilidad la reconozco. Está hecha de la misma división de clases pero con tecnología. La técnica me deja entrar y creo y miro hacia afuera desde arriba. ¡No tenés Dios o qué! Esta nueva sensibilidad ataca en superficie, nunca hacia abajo. El logaritmo es hacia abajo siempre. Es pregunta. Lo otro no genera preguntas. Es liso, sin grietas, sin frustración. ¡Sos feliz o qué!

Metafísica de las costumbres, palabras de algunos de ellos. Física de los cuerpos. Materialidad. Más palabras de otros de ellos. Otra vez el lenguaje. Nuestra materia está anudada a esa metafísica. Otra discusión: van juntas o cada cual toma su camino. Digo, materia y alma, Bergson: materia y memoria. Las cosas naturales tienen relaciones con lo humano gracias a la memoria. Las cosas empiezan a tener sentido con nuestra intervención. Hay una memoria lejana, casi abstracta, donde todo lo abarca. La otra es selectiva. Recorre, vincula, llega, recuerda y ve y dice. Esa memoria es nuestro filtro, es nuestra alerta. Es nuestra emoción, que unidad a la materia hace verdad el mundo. Nuestra, mía. La verdad.

El facho de acá reduce todo según su utilidad. Lo humano humaniza lo otro, lo reduce según su utilidad. Lo humano humaniza, es encontrarle esa utilidad, esa mirada de funcionalidad. Somos todos una gran masa humana, ¿para qué? Ellos lo saben, otra vez la estancia o el caudillo se juntan. Siempre es lo mismo. Uno puede sustituir un logos por otro logos, caudillo o estancia. Una época por otra y darse a nuevas representaciones. O a representaciones recuperadas del olvido. Que sólo es presente. Todo existe en modo latente. El verdadero pasado es lo que se olvida y no vuelve, el resto espera su turno. Los fachos de acá estaban ahí, esperando.

¿La finitud del hombre es por el saber? Dos cosas: saber y finitud. El hombre tiene su límite, el saber no. Todo me excede. Desde la era del aplanamiento la escala

humana se fue. El tiempo se fue. El relato se fue. Los fachos de acá dejaron de esperar, el relato para ellos está, es superficie, presente. Lo exterior y lo interior son lo mismo, sólo se necesita no ver la frontera. El facho de acá estaba agazapado, nunca dividió el mundo así, exterior-interior. El facho de acá no divide el mundo así, porque el exterior es su interior, el mundo se abre como un cielo cubierto de nubes. El mundo se abre como un nuevo respirar, desde lo alto. Ese mundo, todo ese mundo se hace propio. Toda esa estancia es mía. Toda esta humanidad me pertenece. La manipulo. Hay un Dios. Sí. El facho de acá tiene un Dios, el Dios del arriba.

¡Sos feliz o qué!

Para poder mirar hay que hacerlo desde afuera. Vuelvo, lo exterior y lo interior no son lo mismo. Al facho de acá puedo verlo actuar, lo escucho, lo huelo. Ese hedor cubierto de hermosas fragancias es hediondo. Él siempre salió con olor a pis. Nunca se escudó atrás de alguna fragancia. Nunca engañó a nadie con su olor, si con su palabra. Su olor lo descubre. Su olor lo encierra. Tu olor pensás que está cubierto, pero no, aunque te limpies el culo siempre algo te queda, eso no sale, se adhiere con los años, son marcas que se ven desde afuera. Siempre desde afuera. Ahora, poder mirar desde afuera no es salir a la calle, no es viajar a otra ciudad. Es correrse, es estar solo, es romper con la función de lo que nos rodea. Eso que nos hace funcional a un sistema. Que nos da un lugar. Eso que nos tira hacia el centro. Un terreno de saberes, un centro lleno de saberes. Determinación de saberes. Esos que te dicen qué hacer y cómo. Esos saberes que se transforman en humanos. Los que determinan y los que se ilusionan con sus propios saberes que determinan. Esos que te tratan como un decisor-cordero. ¡Un cordero que decide qué! Un cordero al fin.

Estoy diciendo que un objeto es representación. Que un cordero es un objeto, que vos sos un objeto que representa. Que al final no importa qué hagas con tu decisión si va a caer en ese lugar donde todos los corderos van. ¿O pensás que sos distinto? ¿O que tenes derechos de algo? Estoy diciendo que lo humano es problemático. Que lo problemático es siempre mirar desde afuera para poder preguntar. Hacer un tratado de lo humano como acontecimiento problemático es lo rugoso. Lo que se agrieta no divide, sino que genera acontecimientos de pregunta, de duda.

Muero en mi finitud. Mi analítica de la finitud es mi muerte al fin. O las miles de muertes que experimenté.